TODOS LOS SANTOS

La solemnidad de Todos los Santos nos plantea una pregunta fundamental: ¿qué estoy haciendo con mi vida? ¿Hacia dónde camino? ¿Me conformo con ser buen cristiano o aspiro de verdad a la santidad?

La primera lectura, del Apocalipsis, nos presenta una multitud inmensa, de toda nación, raza y lengua, delante del trono de Dios. Son los que han atravesado la gran tribulación y han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Son personas que permanecieron fieles a Cristo, que no abandonaron la fe en las dificultades y que supieron entregar su vida por amor.

Esto nos recuerda que seguir a Cristo no es un camino de comodidad. Exige decisiones, renuncias, fidelidad y perseverancia. No puedo aspirar a la santidad viviendo instalado en la mediocridad o acomodando el Evangelio a mis propios intereses.

San Juan, en la segunda lectura, nos revela nuestra grandeza: «Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!». Somos hijos de Dios, llamados a participar de su misma vida. Nuestra vocación no termina en este mundo: ¡estamos hechos para la eternidad! No rebajemos la grandeza de nuestra llamada.

El Evangelio de las bienaventuranzas nos muestra el camino concreto. Jesús llama felices a los pobres de espíritu, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los que trabajan por la paz y a los perseguidos por causa de la justicia.

Pero no basta con admirar estas palabras: hay que vivirlas. ¿Soy misericordioso o alimento resentimientos? ¿Construyo la paz o provoco divisiones? ¿Tengo un corazón limpio o me dejo dominar por el orgullo, por la envidia, por el egoísmo? Las bienaventuranzas no son una poesía bonita: son el programa de vida de quien quiere seguir en serio a Jesús, el camino para ser verdaderamente feliz.

Los santos nos demuestran que este camino es posible. Fueron personas con defectos, hombres y mujeres que se tomaron en serio el Evangelio, lucharon contra sus debilidades y se dejaron transformar por la gracia de Dios.

No tengamos miedo de aspirar a la santidad. Dios nos da su gracia. No nos conformemos con una fe rutinaria o superficial. Dios nos llama a una vida grande. La santidad comienza hoy mismo, en nuestras decisiones, en nuestra fidelidad cotidiana y en nuestra manera de amar.

¡Estamos llamados a ser santos! Los santos encontraban en la Eucaristía que tú y yo ahora celebramos, la fuerza, el consuelo y la valentía que necesitaban.

Pidamos a la Virgen Santísima y a los santos de nuestra devoción, que aprovechemos hoy esta llamada que Dios nos hace.